

Nuestro Círculo

Año 8 Nº 372

Semanario de Ajedrez

19 de Septiembre de 2009

V. FERNÁNDEZ CORIA 1885-1955



Valentín Fernández Coria (1885-1955) además de haber tenido el honor de ser incluido en los equipos que representaron a nuestro país en las primeras Olimpiadas, fue uno de los valores que jerarquizaron nuestro ajedrez durante varias décadas.

Dice de él Guillermo Puiggrós en "Brillantes partidas argentinas":

Famoso desde que comenzó nuestro ajedrez organizado, este romántico ajedrecista argentino practicó un juego creativo con el cual obtuvo numerosos éxitos aún frente a sus mejores pares de esos tiempos.

En 1936, jugó su último torneo en el Círculo de Ajedrez de Buenos Aires, del cual fue conspicuo dirigente, y se dedicó a la investigación ajedrecística en el campo de su preferencia, colaborando con su amigo Luis Palau en la revista "Ajedrez".

Su nombre está ligado al artista Marcel Duchamp y a la partida que disputó con él en París 1924.

Partidas

Souza Mendes, J - Fernandez Coria [C66]
Carrasco, 1921

1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.Ab5 Cf6 4.0-0 d6 5.d4 Ad7 6.Cc3 exd4 7.Cxd4 Ae7 8.Ag5 0-0 9.Cde2 Cxe4 10.Axe7 Dxe7 11.Cd5 Dd8 12.Cg3 Cf6 13.Ce3 Ce5 14.Ae2 De7 15.Te1 Tae8 16.Dd2 Dd8 17.Tad1 Cfg4 18.Cxg4 Cxg4 19.Db4 Dg5 20.Dxb7 Dc5 21.Ce4 Txe4 22.Dxe4 Dxf2+ 23.Rh1 Dxe1+ 0-1

Palau, L - Fernandez Coria [D55]

Carrasco, 1921

1.d4 d5 2.c4 e6 3.Cc3 Cf6 4.Ag5 Ae7 5.e3 Cbd7 6.Cf3 0-0 7.Tc1 b6 8.cxd5 exd5 9.Ad3 c5 10.0-0 Ab7 11.Ce5 Cxe5 12.dxe5 Cd7 13.Axe7 Dxe7 14.f4 f6 15.Dc2 g6 16.f5 fxe5 17.fxg6 e4 18.gxh7+ Dxh7 19.Ab5 Ce5 20.Ae2 Dg7 21.Tcd1 Txf1+ 22.Axf1 Df7 23.b3 Td8 24.Ae2 d4 25.Cxe4 d3 26.Axd3 Cxd3 27.Txd3 Tf8 28.Cg3 Ae4 29.h3 Axd3 30.Dxd3 De6 31.Dc4 Dxc4 32.bxc4 Td8 33.Ce4 Td1+ 34.Rh2 Ta1 35.Cc3 Tc1 36.Cb5 Txc4 0-1

Fernandez Coria - Berasain, J [D30]
Carrasco, 1921

1.d4 d5 2.Cf3 Cf6 3.c4 e6 4.Ag5 Cbd7 5.e3 c6 6.Cbd2 Da5 7.Axf6 Cxf6 8.Ad3 Ad6 9.0-0 0-0 10.a3 Dd8 11.Ce5 c5 12.f4 cxd4 13.exd4 dxc4 14.Cdxc4 Ac7 15.Rh1 b5 16.Ce3 a6 17.Df3 Tb8 18.Dh3 Ab7 19.C3g4 Ce4 20.Cf2 Cxf2+ 21.Txf2 f5 22.Td2 Tf6 23.Tad1 Th6 24.Dg3 Dd6 25.d5 Td8 26.dxe6 De7 27.Axf5 Txd2 28.Txd2 Df6 29.e7 Dxe7 30.Db3+ Rf8 31.Cd7+ 1-0

Fernandez Coria - Ellerman, A [A53]
Carrasco, 1921

1.d4 Cf6 2.c4 d6 3.Cc3 Cbd7 4.e4 e5 5.f4 c6 6.Cf3 Da5 7.Ad3 Ae7 8.0-0 0-0 9.Ce2 exd4 10.Cfxd4 Cc5 11.Cg3 Cxd3 12.Dxd3 Te8 13.Ad2 Dc7 14.Cdf5 Af8 15.Tae1 g6 16.Ac3 Axf5 17.exf5 Ag7 18.fxg6 hxg6 19.f5 g5 20.Dd2 Ch7 21.f6 Ah6 22.Cf5 Af8 23.h4 gxh4 24.Ce7+ Rh8 25.Tf5 d5 26.Th5 Axe7 1-0

Belgrano Rawson - Fernandez Coria [D11]
Buenos Aires, 1923

1.d4 d5 2.Cf3 Cf6 3.c4 c6 4.e3 Ag4 5.Cc3 Cbd7 6.cxd5 cxd5 7.Db3 Axf3 8.gxf3 e6 9.Dxb7 Ae7 10.Ad3 0-0 11.0-0 Cb6 12.Da6 Ce8 13.Ce2 Ad6 14.e4 Cc7 15.Da5 dxe4 16.fxe4 Dh4 17.Cg3 h6 18.Ae3 f5 19.f4 fxe4 20.Axe4 Ccd5 21.Axd5 Cxd5 22.Dd2 g5 23.Ce4 Axf4 24.Axf4 Cxf4 25.Cg3 Tad8 26.Tad1 Dh3 27.Dc2 Dg4 28.Rh1 Td5 29.Tf2 Rg7 30.a3 h5 31.Tg1 Rh6 32.Ce2 Cxe2 33.Txg4 Txf2 34.De4 Tdf5 35.Tg1 Cxg1 36.Rxg1 Tf1+ 37.Rg2 Tf2+ 38.Rg3 h4+ 39.Rh3 Tf3+ 0-1

Kleczynski, J - Fernandez Coria [C30]
Paris, 1924

1.e4 e5 2.Cc3 Ac5 3.f4 d6 4.Cf3 Cc6 5.f5 Cf6 6.Ac4 Ca5 7.d3 Cxc4 8.dxc4 h6 9.h3 Ad7 10.a3 a6 11.Dd3 De7 12.Ae3 0-0-0 13.g4 g6 14.0-0-0 gxf5 15.gxf5 Axf5 16.exf5 e4

17.Cxe4 Axe3+ 18.Dxe3 Dxe4 19.Dxe4 Cxe4 20.Td4 Tde8 21.Tg1 Cg5 22.Cxg5 hxg5 23.Td3 f6 24.Rd2 Th4 25.Tg4 Te4 26.Txh4 Txh4 27.c5 dxc5 28.Tf3 Rd7 29.Re3 Rd6 30.Rf2 Re5 31.Rg3 b5 32.Tc3 c4 33.Tf3 c5 34.a4 Td4 35.axb5 axb5 36.Ta3 b4 37.Ta5 Rd5 38.Ta8 Tf4 39.Td8+ Re4 40.Te8+ Rd4 41.Td8+ Re4 42.Te8+ Rd5 43.Td8+ Rc6 44.Tc8+ Rd6 45.Td8+ Rc7 46.Th8 Txf5 47.h4 gxh4+ 48.Txh4 Rc6 49.Th2 Tf1 50.c3 Rb5 51.Td2 Ra4 52.Td5 bxc3 53.bxc3 Rb3 54.Txc5 Rxc3 55.Rg2 Tc1 56.Tc6 f5 57.Tc5 f4 58.Rf3 Tf1+ 59.Re2 Th1 60.Tc8 Th3 61.Tf8 Te3+ 62.Rf2 Te4 63.Rf3 Rd3 64.Tc8 Td4 0-1

Grau, R - Fernandez Coria, V [C28]
Buenos Aires, 1924

1.e4 e5 2.Cc3 Ac5 3.Ac4 Cf6 4.d3 Cc6 5.Ae3 Ab6 6.Dd2 d6 7.Cge2 Ae6 8.Cg3 d5 9.exd5 Cxd5 10.Axd5 Axd5 11.Ch5 Tg8 12.Ah6 gxh6 13.Cxd5 Tg6 14.Cxb6 axb6 15.Cg3 Dd5 16.0-0 0-0 17.f4 e4 18.f5 Tg4 19.Dg6 exd3 20.cxd3 Dd4+ 21.Rh1 Th4 22.Dg5 f6 23.Dd2 Ce5 24.Ce2 Dg4 25.Tf4 Dg5 26.g3 Txh2+ 27.Rxh2 Cf3+ 0-1

Fernandez Coria - Duchamp, M [D40]
Paris, 1924

1.d4 d5 2.Cf3 e6 3.c4 a6 4.e3 c5 5.cxd5 exd5 6.Cc3 Cf6 7.Dc2 Cc6 8.dxc5 Axc5 9.a3 0-0 10.Ae2 d4 11.exd4 Cxd4 12.Cxd4 Axd4 13.0-0 Dc7 14.Ag5 Cg4 15.Axg4 Axg4 16.De4 Axc3 17.bxc3 Ad7 18.Dd4 Ac6 19.Tfe1 Da5 20.Te5 Da4 21.Dxa4 Axa4 22.Te7 Ac6 23.Tae1 Tfe8 24.Txe8+ Txe8 25.Txe8+ Axe8 ½-½

Fernandez Coria - Guerra Boneo [A48]
Buenos Aires, 1924

1.d4 Cf6 2.Cf3 g6 3.Af4 Ag7 4.h3 0-0 5.Cbd2 d5 6.c4 c5 7.e3 cxd4 8.Cxd4 Cc6 9.Cxc6 bxc6 10.Ae2 Cd7 11.0-0 e5 12.Ag3 Tb8 13.Tb1 Cb6 14.c5 Cd7 15.Da4 Dc7 16.Tfc1 f5 17.Cb3 Cf6 18.Da5 De7 19.Cd4 Ad7 20.Cf3 Ce4 21.Dxa7 Cxg3 22.fxg3 Ta8 23.Dc7 Txa2 24.Tc3 Tc8 25.Db7 Tca8 26.Rh2 Af6 27.Td1 Dd8 28.Ac4 T2a7 29.Axd5+ Rg7 30.Axc6 Txb7 31.Axb7 Tb8 32.c6 e4 33.c7 Axc3 34.cxd8 Txd8 35.bxc3 exf3 36.gxf3 1-0

Partida seleccionada por el campeón del mundo Dr.E. Lasker para su publicación: Lehrbuch des Schachspiel, en donde elegiona sobre cómo una maniobra inesperada, pero que pudo ser prevista, cambió el curso de la lucha.

AJEDREZ Y LITERATURA

Por Matias Serra Bradford
Para LA NACION - Buenos Aires, 2009

Cinco, casi seis de la tarde de un día de semana. Chalet de dos plantas y ladrillo a la vista, en las afueras de Buenos Aires. El que me hace pasar al jardín del fondo tiene aspecto de esquiador vitalicio, lleva remera blanca de cuello alto y mangas largas. No me escruta como a un rival -por cortesía; nunca podría haber sido su contrincante, ni en una partida a ciegas-, pero la mirada es de una cordialidad impiadosa. Su paso, el de un monarca retirado. Responde con demasiada paciencia en un castellano extranjero, encantador: fuerte, persuasivo. Me limito a tartamudear inexactitudes. Su mera presencia tiene la deferencia de colocar al interlocutor en otro plano (nunca el mismo). Su amabilidad, la falta de prisa atestiguan que si bien el ajedrez no permaneció del todo ajeno a los embates de la puerilidad y la aceleración -que parecen en las últimas décadas de rigor-, el juego y sus fieles mejor dotados han preservado un aura imposible de extinguir.

Por inverosímil que sea, estoy sentado frente al gran maestro danés Bent Larsen, vecino del barrio de Martínez desde 1982. Acabo de estrechar la mano que saludó a Bobby Fischer, unas veces victorioso; otras, derrotado; que saludó a Mijaíl Tal; que saludó a Botvinnik; que saludó a Alekhine; que saludó a... y en segundos uno cree rozar mágicamente el linaje del pasatiempo más insondable, tentado de imaginar que está siendo bendecido por un mero apretón de manos. El "Gran Danés" fue el primer occidental en batir a los rusos y es, según Boris Spassky, el último artista del ajedrez. Larsen pertenece a esa raza de figuras más enigmática que la de las celebridades. Ha sido un rey sin corona, que por motivos azarosos -azarosamente secretos- nunca alcanzó la consagración más pública, vulgar, con la que un ajedrecista sólo se convierte en genio, en loco, o en ambas cosas.

De esa visita hace ya unos años, pero a las frases de Larsen no las he olvidado hasta ahora y no creo que vaya a olvidarlas nunca: "Karpov hace buenas jugadas muy rápido, Korchnoi hace muy buenas jugadas despacio". O, con ironía, señalando cierta posición en el tablero: "Y ahora la partida es más tablas que antes de empezar". Pocos meses más tarde estaría tomando debida nota de sus lecciones en el Club Argentino, rincón mítico que potenciaba la resonancia de sus pasos y palabras: "Me gusta ganar pero no tengo miedo de perder". La rapidez y naturalidad con que disparaba esos epigramas sólo subrayaban su precisión -"con presión de tiempo un caballo es más peligroso que un alfil"- y la mera oportunidad de compartir unas horas con semejante coloso era un sueño realizado, claro que en compensación por el malogrado de convertirme en un distinguido jugador profesional.

Fuera de las casillas

El índice y el pulgar en el aire, a punto de tomar una pieza: golpe magistral o error

fatal, a menudo no se sabe con certeza, aun siendo un destacado maestro. Una mínima oscilación en el ánimo y en milésimas una jugada tuerce el destino. ¿Pero qué es distracción y qué, falla de cálculo? Movimientos, celadas: el curso de un cerebro, pensamiento graficado. La atención, desde luego, es la llave, aunque concentrarse no siempre garantiza que las ideas vengan con naturalidad. Los dedos acarician o estrangulan las piezas que están fuera de juego. Torneo abierto. Silencio de biblioteca. Algunas de las partidas, de hecho, serán historia en futuras recopilaciones. (Ciertamente, un libro de ajedrez puede volverse una máquina de relatos: cada partida reproducida supone una narración, una fecha, una geografía y dos antagonistas.)



Hace siglos que expertos y amateurs han jugado para ser otros, para no ser nadie, para perderse en otra dimensión, en lo posible sin perder. Creando debilidades en la defensa del contrario, rogando que una movida cumpla varias funciones a la vez, que cada jugada implique una ofensa hacia el rival. Siglos procurando situarse en posiciones convenientes para el propio temperamento, recurriendo de urgencia al sacrificio como lance para romper con lo predecible. Intentando evitar la humillación, ante el adversario, ante los espectadores y, peor, ante uno mismo (ante la falsa imagen que uno se había hecho de sí como jugador). Siglos sentándose ante un tablero para ponerse a prueba: a ver qué tan lejos llega nuestra inteligencia sobredimensionada, nuestra audacia vacilante, nuestra capacidad de absorber el fracaso. "Los juegos constituyen una prueba continua de habilidad dentro de una confianza fluctuante: el rival percibe la humillación y la duda, y busca redoblarlas", apuntaba Adrian Stokes. Suele repetirse que el ajedrez enseña a saber perder, pero con excesiva frecuencia la derrota invita al mutismo, al olvido. Morder el polvo de lo irreversible no le era ajeno al holandés J. H. Donner, que decía que "es precisamente su impiadosa falta de ambigüedad y su claridad lo que vuelve a una partida lo opuesto de la vida. La vida oculta nuestros errores". Según Donner, es justamente "la irreparabilidad de un error lo que distingue al ajedrez de otros deportes".

Se ha dicho del ajedrez, también, que enseña a anticiparse al otro, a leer su mente,

a administrar el tiempo. Pero como me comentó Oscar Panno en una ocasión, "el reloj fue siempre un enemigo. El reloj es siempre un enemigo de la verdad".

A capa y espada

Analizada en retrospectiva, la Argentina podría ser considerada una Atlántida del ajedrez, un lugar donde sucedieron acontecimientos históricos que, vistos desde hoy, parecen pertenecer a otra era, hundida, borrada, apenas reivindicada por islotes de empeño y entusiasmo en clubes y jugadores tenaces. Los hitos incluyen las Olimpiadas de 1939 y de 1978. Los destiernos del polaco Najdorf, el sueco Stahlberg, el alemán Elisaskes. Figuras como Pilnik, Pleci, Grau, Jacobo y Julio Bolbochán, Sanguinetti, Rossetto y Panno, seguramente el argentino nativo que más lejos llegó. La visita en 1910 del entonces campeón Emanuel Lasker (que se preparaba para los torneos estudiando las fotografías de sus futuros oponentes). Los subcampeonatos en las Olimpiadas de 1950, 1952 y 1954. Los grandes matches en Buenos Aires, como Fischer-Petrosian en el Teatro San Martín en 1971. Los sucesivos magistrales de Mar del Plata. Sin olvidarnos de otro duelo legendario disputado aquí, Capablanca- Alekhine. Al primero se le caían los boletos de los bolsillos cuando venía de apostar en Palermo y según Cabrera Infante, fue un pionero entre los ajedrecistas interesados en las mujeres: "Se dice que la noche de la partida decisiva contra Alekhine estuvo bailando tango tras tango con una belleza local".

Regresa, entonces, la historia de mi abuela materna, repetida al infinito, contando que su padre había conocido y jugado con Capablanca, que visitó Buenos Aires en 1911, 1914, 1927 y 1939. Las peripecias de Capablanca -nombre predestinado- pueden rastrearse en la magnífica biografía de Edward Winter, autor también de misceláneas como Chess Explorations y Kings, Commoners and Knaves. Ya en 1925 Capablanca decretaba lo "mecánico" del juego de elite, augurando que "dentro de no más de diez años una media docena de jugadores será capaz, cuando lo desee, de hacer tablas a voluntad", algo que décadas más tarde Fischer buscó contrarrestar creando su Fischerandom, que sorteaba la posición inicial de las piezas mayores. Según Fischer, el conocimiento disponible hoy en día es tal que las partidas entre maestros sólo se ponen interesantes a partir de la jugada número 20. El papel que juega la memoria ha sido siempre central y lo es cada día más. Si recordar posiciones se asemeja al arte de la memoria tal como lo describe Frances Yates, el tablero se vuelve un teatro, los casilleros se convierten en las habitaciones de un palacio y pensar, al modo de Giordano Bruno, equivale a "espectacular con imágenes". A propósito de la memoria, Novela de ajedrez de Stefan Zweig cuenta un viaje en barco a Buenos Aires -como el que hicieron en 1938 Miguel Najdorf y un aficionado insigne, Witold Gombrowicz- y el protagonista, el gran maestro Mirko Czentovic, nunca es capaz de rehacer una partida de memoria, algo "que los del gremio criticaban tan ásperamente como si entre los músicos un eximio virtuoso o director de orquesta se hubiese mostrado incapaz de interpretar o

dirigir una obra sin tener ante sus ojos la correspondiente partitura". El crítico argentino Federico Monjeau, dicho sea de paso, tiene una teoría: que el mejor modo de escuchar música es jugando al ajedrez.

Ars combinatoria

Ha habido tantos intentos de definir el ajedrez como tentativas de agotar las contingencias del tablero. El arte de un jugador de ajedrez, declara el incomparable David Bronstein en *Secret Notes*, consiste en la habilidad "de encender una chispa mágica de la tediosa e insensata posición inicial". La mencionada novela de Zweig propone delimitarlo así:

Un pensamiento que no lleva a nada, una matemática que nada calcula, un arte sin obras, una arquitectura sin sustancia, y aún así más manifiestamente perenne en su esencia y existencia que todos los libros y obras de arte, el único juego que pertenece a todos los pueblos y todas las épocas y del que nadie sabe qué dios lo legó a la tierra para matar el hastío, aguzar los sentidos y estimular el espíritu.

El ensayista George Steiner, autor de *The White Knights of Reykjavik*, asegura que los problemas que plantea el ajedrez son a la vez muy profundos y completamente triviales. Y que el punto en común entre música, matemática y ajedrez "puede ser, finalmente, la ausencia de lenguaje". Ludwig Wittgenstein recurrió al ajedrez en diversas oportunidades para elaborar o ilustrar símiles, y escribió: "El uso de una palabra es como el uso de una pieza en un juego, y uno no puede comprender el uso de una dama excepto que comprenda los usos de las otras piezas". Son incontables las oportunidades en que la literatura y la filosofía asaltaron la torre del marfil del ajedrez. Robert Burton aludía a "ficciones geométricas". Borges intimaba con "mágicos rigores" y un "severo ámbito en que se odian dos colores", tan similar a la "lucha cuerpo a cuerpo entre dos laberintos" de André Breton. En otro plano, en un texto sobre Alfonso X el Sabio y Capablanca, Lezama Lima aventuraba: "El rey queriendo cerrar cuentas, sellando fijas minuciosidades. El rey queriendo pagar en exactos cuadrados... Una imaginación saludable engendra sus propias causas". Por su parte, E. H. Gombrich se detenía en el efecto visual de un tablero. Jugar con un tablero, para el autor de *Meditaciones sobre un caballo de juguete*, es replicar "la alternancia perceptiva entre figura y fondo... No en vano los pintores del renacimiento demostraron primero las leyes de la perspectiva por medio de un suelo ajedrezado". Para el cineasta Stanley Kubrick, el ajedrez es una analogía. Es una serie de pasos que uno da, uno por vez, y se trata de equilibrar los recursos contra el problema, que en el ajedrez es el tiempo y en el cine son el tiempo y el dinero? Grandes maestros a veces dedican la mitad del tiempo asignado a una sola movida porque saben que si no es correcta todo su juego se cae a pedazos.

Cuando Walter Benjamin y Bertolt Brecht disputaban partidas en Skovbostrand, Dinamarca, no se decían una palabra, pero cuando se ponían de pie "era como si hubieran terminado una conversación". No menos curiosas deben de haber sido las

partidas que no consiguieron enemistar a Beckett y Giacometti, o a Beckett y Duchamp. El autor de *Esperando a Godot* -¿metáfora de la idea que nunca llega?- jugaba contra su hermano y su tío, que había vencido a Capablanca en unas simultáneas en Dublín. Para referirse a una jugada, en la novela *Murphy* se habla de la "ingenuidad de la desesperación". Las narraciones de Beckett se leen, indudablemente, como los devaneos de un ex prodigio y en cierta medida parecen copiar el modo y el método del ajedrez: las oraciones avanzan respondiéndose una a la otra, en estricta sucesión, como si hubiera en efecto dos rivales (y sólo dos) que únicamente pueden dar por terminada la narración cuando queden los dos reyes a solas -la escena absoluta- o por repetición de jugadas, típica circunstancia beckettiana. La defensa, de Vladimir Nabokov, es tal vez la ficción que mejor describe el aleteo del descubrimiento del ajedrez en un niño y las posteriores disfunciones de un gran maestro, aunque omite el salto de un punto a otro. Omisión que, presumamos, justifica el que se trate de un prodigio, para quien todo son atajos.

Fueron muchos los escritores que le consagraron horas al ajedrez y lo tradujeron en sus páginas: Lewis Carroll, Raymond Roussel, Rodolfo Walsh, John Healy, Braulio Arenas, Juan José Arreola, entre otros. Científicos como Alan Turing, filósofos como Wittgenstein y Daniel Dennett. Una de las analogías que rige El sobrino de Rameau, de Diderot, es el ajedrez. Más cerca, Silvina Ocampo escribía: "El jugador de ajedrez, el matemático, el equilibrista, actúan limpiamente; mientras cumplen su trabajo no tienen tiempo de ser morbosos: cabría decir lo mismo de los autores de novelas policiales". En *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino, leemos:

En adelante Kublai Kan no tenía necesidad de enviar a Marco Polo a expediciones lejanas: lo retenía jugando interminables partidas de ajedrez. El conocimiento del imperio estaba escondido en el diseño trazado por los saltos espigados del caballo, por los pasajes en diagonal que se abren a las incursiones del alfil, por el paso arrastrado y cauto del rey y del humilde peón, por las alternativas inexorables de cada partida. El Gran Kan trataba de ensimismarse en el juego, pero ahora era el porqué del juego lo que se le escapaba. El fin de cada partida es una victoria o una pérdida: ¿pero de qué? ¿Cuál era la verdadera apuesta?

Naturalmente, la visión de los grandes maestros es más puntual. Para J. H. Donner, "hay un gran encanto en las partidas en las que uno de los oponentes no juega con sensatez y sin embargo gana... Es mucho más fácil ganar una posición un poco inferior que una de tablas clavada. Nadie piensa cuando va ganando. Sólo se piensa cuando algo va mal. Siempre ha sido muy difícil para mí liquidar a un adversario. ¿Para qué ganar si ya probaste ser el mejor de los dos?". Provocador, Donner señaló una vez que el ajedrez es en realidad un juego de azar: lo que hará el otro no se puede saber.

(Continuará en el próximo número)

PLACA EN EL ARGENTINO



Leemos en la página Web del Club Argentino de Ajedrez:

El viernes 4 de septiembre, se descubrió una placa en el hall de entrada del Club en recuerdo del 70º aniversario del Torneo de las Naciones jugado en Buenos Aires en 1939. Usaron de la palabra, el Pte. del Club Lic. Luis Palacios y el historiador José A. Copié, quien dijo que hubo tres grandes hitos que permitieron llegar a la Edad de Oro de nuestro ajedrez en la década de 1950:

1º) La creación del Club Argentino de Ajedrez en 1905.

2º) La concreción del match Capablanca-Alekhine, organizado por el Club Argentino en 1927.

3º) La realización del Torneo de las Naciones en 1939.

Un nutrido grupo de socios y amigos aplaudió fuertemente cuando Copié instó a volver sobre nuestros laureles a dirigentes, jugadores y amigos del ajedrez.

El Sr. Copié donó para la biblioteca del Club un ejemplar de su reciente trabajo sobre el mundial del 39 titulado "Remember 1939".

La iniciativa de la instalación de esta placa, se la debemos a nuestro muy apreciado Arqto. Roberto Pagura, autor de la leyenda que aparece en la misma:

"TORNEO DE LAS NACIONES BUENOS AIRES - 1939"

"A 70 años del histórico hito del ajedrez argentino y mundial jugado en el Teatro Politeama de Buenos Aires mientras estallaba en Europa la segunda guerra mundial, el Club Argentino de Ajedrez recuerda a los Maestros Najdorf, Eliskases, Feigin, Frydman, Becker, Michel, Pelikan, Paulette Schwartzmann, Skalicka, Luckis y Reinhardt que, impedidos de regresar a sus hogares a causa de la guerra, se radicaron definitivamente en el país contribuyendo al crecimiento del ajedrez nacional, a la par que fueron amigos y socios de este club.

También rinde homenaje a los esforzados organizadores del Torneo y a los integrantes del equipo argentino, clasificado en quinto lugar entre 27 participantes: Maestros Roberto Grau, Luis Piazzini, Jacobo Bolbochán, Carlos E. Guimard e Isaías Pleci.

Comisión Directiva, 4/9/09"

NUESTRO CÍRCULO

Director: Arqto. Roberto Pagura
ropagura@ciudad.com.ar
(54 -11) 4958-5808 Yatay 120 8ºD
1184. Buenos Aires - Argentina